

XXX

Abel y Caín

Ante la nueva ruina de sus ilusiones, Samuel quedó mudo, petrificado. Aquello que según sus planes debía ensalzarlo, le ocasionaba la muerte; se había perdido á sí mismo.

Donde preparara su grandeza, hallaba su perdición.

Aquel Julio tan menospreciado por él, en quien no viera sino un instrumento pasivo é inerte; aquella sombra humana, aquella vegetación sin alma, se erguía en el postrer momento y ocupaba el sitio en que él soñara durante toda su existencia.

¡Julio jefe supremo de la Tugendbund! Semejante revelación desconcertaba el cerebro de Samuel y le enmudecía la lengua.

De improviso, empero, Gelb se arrancó de tal estupor, y dijo entre sí:

—No, no es este el momento de dejarme anonadar por la inacción. Ya me quedará tiempo después para admirarme á mis anchas. Ahora lo esencial es no perecer en esta cueva como ratón en una ratonera.

Formulado este soliloquio, Samuel fijó los ojos en Julio; el cual parecía como que le hubiese olvidado y pensase en otra cosa; tal era la indolencia que se le reflejaba en el rostro.

O la actitud del conde era reflejo de la incapacidad de la endebles, ó su impasibilidad escondía una resolución firme é inquebrantable.

Pero desde que, pocos minutos antes, oyera la singular revelación que le llenara de pasmo, Samuel no creía ya fácilmente en la endebles de Julio.

Con todo, ¿qué proyectos sustentaría éste, toda vez que

había despedido á los seis individuos que podían haberle prestado ayuda y era imposible que esperase acabar pos sí solo con un adversario robusto y vigoroso como Samuel? ¿De qué manera contaba cumplir con la promesa que hiciera á los dos jefes de que él se encargaba de la ejecución de la sentencia?

Samuel, resuelto á sondear á Julio, le preguntó:

—¿Conque tú eras el jefe supremo de la Tugendbund?

—Ya lo ves—respondió el conde con toda la impasibilidad del mundo.

—¿Eras tú el hombre enmascarado que presidía mudo nuestras reuniones en París?

—Yo mismo.

—¡Ah! ¡me has vendido!

—¿Te parece, traidor?

—¡Oh! dispénsame, también has vendido á tu rey, que tenía la candidez de creerte su embajador en Francia.

—¿Te has olvidado—dijo Julio—de que al entrar en la Tugendbund, todo afiliado jura aceptar cuantos empleos y grados pueden ser útiles á la asociación?

—Ya volveremos á hablar de esto más tarde. Ahora quiero que sepas que acabas de contraer un compromiso en cuyo desempeño puedes perjudicarte á ti mismo más que no servir á la asociación. Más bien hubieras obrado eligiendo un empleo si no más honroso más fácil.

—¿Por qué?

—Porque aquí estamos solos los dos y yo soy el más fuerte.

—Esto sin contar que tú traes dos pistolas y yo voy desarmado—añadió con indiferencia el conde de Eberbach.

—Ya ves pues—repuso Samuel,—que si uno de nosotros dos mata al otro soy yo el que reúne más probabilidades de triunfo.

—Te reto á que me mates—dijo Julio sin alterarse.

—No necesitas retarme.

—Pues yo creo lo contrario. ¿Qué sería de ti muerto yo?

—Me iría.

—Primeramente no conoces el santo y seña.

—Traigo dos pistolas.

—¿De qué te servirían contra doce hombres armados de fusiles y de espadas? Además, lo primero sería que pudieras salir de aquí, y no tienes la llave.

—Paréceme que te olvidas de que yo soy quien construí estos subterráneos y de que conozco el secreto.

—Pruébalo.

Samuel fué á oprimir el resorte de la puerta superior, y el resorte no hizo movimiento alguno; luego fué á practicar la misma operación y con más fuerza, pues empezaba á ponerse en zozobra, en el resorte de la puerta inferior, y al ver que le daba el mismo resultado, exclamó con acento de rabia:

—¡Maldición!

—Ya ves—dijo Julio imperturbable—que he tomado todas las precauciones. He mandado que rompiesen todos los resortes; por lo tanto no tienes más remedio que quedarte aquí.

—Voy á llamar—repuso Samuel.

—Ya sabes que la voz no atraviesa estos muros; y por lo que se refiere al timbre, has oído la orden que he dado al que conducía á nuestros amigos, esto es, que no entrasen bajo pretexto alguno, aun cuando éste sonase.

—¡Voy á pegar fuego!

—¿A una pieza de granito? Me parece que se te extravía la razón.

—Pues bien—exclamó Samuel atropelladamente y apuntando una pistola á Julio,—yo moriré, pero tú también.

—Enhorabuena—profirió el conde sin pestañear.

—Ea, vamos á ver—dijo Samuel bajando la pistola y haciendo una postrer tentativa,—¿qué interés tienes en comprar mi vida á costa de la tuya? porque no sustentará la candidez de esperar que si no me ayudas á salir de aquí te deje yo salir á ti, pues antes de morir te mataré. Mira que soy más fuerte que tú y voy armado. ¿Qué te propones?

—Nada.

—Julio, no te chances; no juegues con la muerte. De aquí no puedes salir sino conmigo. Pues bien, sálvate salvándome.

—No tengo ganas de salvarme.

A Samuel se le refrescó de improviso la memoria, ofuscada á causa de la perturbación que experimentara al ver desvanecidas todas sus esperanzas, y sacando el reloj y después de consultarle, dijo:

—¡Pronto! salgamos de aquí. Tú ignoras lo que hay, Julio; crees que te sobra el tiempo para reflexionar y an-

darte con vacilaciones; pero cada minuto que pasa significa un año de nuestra existencia. ¡Pronto! salgamos; dentro de algunos minutos sería demasiado tarde.

—¿Y eso?—preguntó el conde de Eberbach.

—Es menester que te lo diga todo. No es este el momento de reparar en escrúpulos. Julio, tú no sabes lo que era el cordial que has bebido y me has obligado á beber.

—¿El cordial que hemos tomado aquí?

—Sí, ¡era veneno!

—¿Veneno?—repitió el conde encogiendo los hombros.—¡Bah! te chanceas.

—No me chanco—profirió Samuel.—Por favor, salgamos. Únicamente yo conozco el contraveneno. No nos queda sino el tiempo necesario. Te salvaré, pero apresurémonos; no perdamos segundo.

Julio se sentó.

—¿Pero no me oyes?—continuó Gelb.—Te digo que lo que hemos bebido era un veneno.

—¿Y qué?—profirió Julio con displicencia;—si lo era, ¿no lo has bebido tú también?

—El veneno ese no obra hasta al cabo de hora y media; luego me sobraba tiempo para hacer arrestar á los jefes é ir á tomar el contraveneno. De consiguiente no corría peligro alguno. Pero ya ha transcurrido más de una hora y es menester no desperdiciar segundo para preparar lo necesario. Te juro que era veneno.

—¿Formalmente?

—Por el alma de Federica.

—Pues bien—dijo Julio con la calma más absoluta,—ya lo sabía.

—¿Tú sabías que ese cordial era veneno?

—¿Pues no! ¿por qué te hubiera hecho beber?

—¡Lo sabía!—dijo entre sí Samuel, en quien obró un cambio radical semejante declaración.

En efecto, tras reflexionar por espacio de un minuto, éste pareció otro hombre.

Para que Julio se hubiese bebido el veneno sabiendo que lo era, no cabía sino que hubiera hecho el sacrificio completo de su vida. Había, pues, que renunciar á decidirlo con amenazas ni con ruegos.

La del conde de Eberbach era una resolución tomada de antemano, desde que saliera de París, tal vez antes.

Así pues, ya que no había posibilidad de vivir, ya que no dependía de él, de Samuel, el dejar de existir, á lo menos estaba en su mano no perecer como un cobarde.

—No faltaría sino que yo fuese menos decidido y animoso que ese endeble é irresoluto muñeco—dijo entre sí Gelb, arrojando prontamente sus pistolas al suelo.

Y luego en voz alta y sonriendo, añadió:

—¿Conque era un plan preconcebido? ¿Conque me has traído de París con esta intención? ¿Conque vamos á morir juntos? ¿Tú has tramado este negocio?

—Yo, sí.

—¡Voto al diablo! te doy mi enhorabuena. El plan es digno de mí y te lo envidio. Ea pues, que se cumplan tus designios. Sentiría que por mi culpa quedase desbaratado un plan que admiro. Ya ves que he arrojado mis pistolas y que no intento evadirme; al contrario, me place acabar de una manera tan curiosa. ¿Sabes que estamos representando el final de la *Tebaida* en el que los dos hermanos enemigos se dan muerte? Porque bueno es que no ignores que tú y yo somos hermanos. Tu padre no te lo había dicho por prudencia, temeroso de que el lazo de la sangre no te uniese todavía más á mí, y yo te lo había ocultado por desdén, por querer que mi ascendiente sobre ti no se debiese sino á mi inteligencia; pero ahora puedo ya revelarte tan horroroso secreto, como dicen en las tragedias. Tengo la honra de ser el bastardo de tu señor padre.

A Julio se le nubló el frente, pero animado por el recuerdo de Federica, dijo:

—No importa; es preciso.

—Tanto más cuanto en esto estaba el principal atractivo de la situación—profririó Samuel.—Aquí al asesinato le da realce el fratricidio. ¡Eteocles y Polinice! ¡Caín y Abel! Sólo que ahora es el apacible Abel el que mata al feroz Caín. ¡Y yo que te despreciaba! Perdóname; la muerte que me das, el que me asesines, me fuerza á restituirte mi estimación.

Julio permaneció silencioso.

—Estás muy serio—continuó Samuel.—¿Acaso te turba la conciencia lo que estás haciendo, ó te disgusta morir? Yo de mí sé decirte que de buenas á primeras he luchado, pero he sido un tonto; porque, ¿qué es la vida en sí? nada. Ahora, aun cuando viviese cien años, ya no me cabría hacer cosa de

provecho. Para la Tugendbund yo no sería sino un traidor, y por lo tanto me expulsaría de su seno; y fuera de ella, no me sería dable siquiera venderla. De modo que en el campo republicano así como en el monárquico mi influjo sería completamente nulo. Para mí, pues, la existencia sería una carga del todo inútil. Ve por donde me haces un favor aligerándome de ella. Gracias, Julio. Ya en otra caída mucho menos terrible para mí que la presente intenté suicidarme, y si no lo hice fué porque una fuerza milagrosa detuvo la navaja con que iba á cortar el hilo de mi vida. Por fortuna no todos los días se obran milagros. Aquí nadie vendrá á desazonarnos; nos dejarán morir con toda tranquilidad.

Samuel fijó los ojos en la lámpara y prosiguió:

—Todavía tenemos para una hora, poco más ó menos lo mismo que esta luz. Al par que ella nos extinguiremos nosotros; pero no temas, yo mismo he compuesto el veneno, y vas á quedar satisfecho. No da padecimiento alguno, ni agonia, ni provoca vómitos groseros. El que lo bebe conserva clara la razón hasta el postrer instante. No produce sino un poco de calor en las entrañas y alguna sobrecitación en el cerebro; luego se cae uno muerto de repente. Figúrate que acaba contigo un rayo. Si verdaderamente existe otro mundo aparte de este, me darás las gracias. Así pues, no tenemos que ocuparnos en preparativo alguno. Nuestra muerte se operará de suyo. Ea, departamos; todavía nos queda una hora.

Samuel se sentó, y apoyando los codos en la mesa y cruzando las piernas con gesto tan indolente como podía haberlo hecho de encontrarse en un salón de París, aguardó que Julio hablase.

—Departamos—dijo el conde de Eberbach.

—Vaya, vaya—profririó Samuel,—te felicito sinceramente de que nos destruyas á los dos. Pero, si no es indiscreción, ¿quieres decirme qué razón te guía para llevar á cabo esta elegante matanza?

—Me asisten dos razones, no una: primeramente vengo á aquellos de quienes has labrado la desventura, y luego preservo á aquellos á quienes impedirías ser dichosos.

—¿Y quiénes son los que vengas?

—Cristiana y yo.

—¿Cristiana?

—Todo lo sé, Samuel; sé el infame contrato que impusiste

á la pobre madre que te pedía la curación de su hijo; sé que hallaste modo de manchar á una mujer con su pureza misma, y que para ella convertirse en remordimiento el amor maternal.

—¿Quién te ha contado esto?

—Una persona á quien no te atreverías á desmentir, Cristiana.

—¡Cómo!—exclamó Samuel dando un brinco —¡Cristiana vive!

—Es Olimpia.

—¡Y no la he conocido! ¡Ah! bien obras en matarme, Julio, porque no me hubiera sido posible vivir con este remordimiento.

—Sí, Cristiana vive y me lo ha contado todo. ¿Comprendes ahora qué vengo? Vengo á mi mujer martirizada, desesperada, reducida á suicidarse, y, después de haberse salvado por un prodigio, obligada á esconderse, á huir de mí, á pasar su existencia en medio de la soledad y de las lágrimas. Vengo mi casa triste y vacía; vengo mi vida trastornada, destruída. Ahí lo que vengo; ahí la deuda que tienes que pagarme. Confiesa que los sesenta minutos que vas á tardar en morirte no pagan veinte años de duelo y de desdicha.

—Ni siquiera sesenta minutos—interrumpió Gelb.—Siento decirte que el tiempo avanza mientras sostenemos esta conversación fraternal, y que para satisfacer mi deuda no poseo más que cuarenta minutos. Pero me has dicho que no me matabas únicamente por venganza, sino también por precaución. Ea, ya que me has manifestado á quien vengas, dime á quien preservas.

—A Federica y á Lotario.

—¡Qué! ¡también vive Lotario!—exclamó Samuel, que no pudo menos de estremecerse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO
XXXI

Dos muertos

Samuel, aterrorizado, no acertaba á proferir sino estas palabras:

—¡Lotario vivo! ¡Vivo Lotario!

—Sí—dijo Julio,—y va á casar con Federica. Por esto muero contigo. Es menester que yo desaparezca para siempre para que Lotario, pueda unirse á ella, y que tú también dejes de existir para que no puedas disputársela.

—¡Lotario vivo!—repitió Samuel no volviendo de su estupefacción—y va á casar con Federica! ¡Conque todo cuanto he intentado ha sido estéril! ¡No he logrado triunfar de un niño como tampoco lo logré del emperador Napoleón! ¡Lotario casar con Federica! ¡Cuán inepto soy!... ¡Qué! yo, Samuel Gelb, he combinado toda la fecundidad de mi inteligencia, he armado un lazo en el que pensé durante un mes, empujé á él á ese endeble y confiado joven y...

—Y tú eres quien ha caído en él—replicó Julio.—No, no eres inepto, Samuel; el hombre lo es. Has prescindido de Dios, erigido tu voluntad en tu única Providencia, y no creíste sino en tu orgullo, y Dios ha revuelto contra ti tus proyectos. Donde veías el puerto, Él ha puesto el escollo. Yo, que no te merecía sino desdén, porque no sustentaba la pretensión de sobreponer mi voluntad á las leyes providenciales y dejaba que Dios hiciese, he hallado lo que con tanto afán buscabas tú, la jefatura suprema de la Tugendbund. Aun en este instante, á pesar de ser tú el más fuerte, soy yo quien te sujeto y te domino. ¿Crees todavía en el hombre omnipotente, único creador del cielo y de la tierra? Ve adonde has venido á parar tras tan inusitados y perseverantes esfuerzos: la revolución contra Carlos X ha dado el trono á Luis Felipe; tu traición

contra los jefes de la Tugendbund ha puesto en manos de éstos tu vida, y tu maquinación contra Lotario le hace dueño de Federica.

—¡No me hables de esto!—exclamó Samuel con rabia.— ¡No pronuncies estos dos nombres!

—¡Ah! ¿estás celoso?

—¡Lotario casar con Federica! No; dime que esto no es verdad; dime que le mataste de un pistoletazo, que pereció de un modo atroz, que logré hacerle desdichado...

—Al contrario—repuso Julio,—lo que has conseguido es anticipar su ventura; porque has de saber que el duelo de San Dionisio fué lo que decidió á Cristiana á descubrirse y á mí me impulsó á acabar contigo y conmigo para que esos jóvenes pudiesen ver lucir el sol de su dicha. En la esencia, Federica y Lotario debieran estarte agradecidos, pues eres tú quien les casa.

—¡Ellos casarse!—exclamó Samuel poniéndose en pie de un salto.—¡Y por mí! ¡No, es imposible! ¡no lo quiero!

—Prescindirán perfectamente de tu consentimiento,

—¡Pero esto es horrible!—dijo Samuel andando descompasadamente por la sala como hiena en su jaula.—¡Saber que la mujer amada va á unirse á otro hombre, y estar aprisionado, y conocer que vamos á morir!

—Dios te castiga—profirió Julio.—Ahora ves que...

El conde de Eberbach no acabó la frase. Prontamente se puso lívido, se llevó la mano al pecho cual si hubiese sentido una mordedura violenta, y murmuró:

—¡Tan pronto!

—Ya ves que no te engañaba—le dijo Samuel corriendo en su socorro;—estás envenenado. Tal vez sea tiempo todavía. ¿Quieres que salgamos? Tomaremos un contraveneno y luego iré á matar á Lotario.

Julio no respondió. Lo único que hizo fué apoyarse en la mesa para no dar consigo en el suelo.

—Por favor te lo ruego—continuó Samuel.—No me importa morir, pero no quiero que Lotario case con Federica. Ven, todavía es tiempo; prometo salvarte.

—¡Qué felicidad!—murmuró Julio;—me habías dicho que me faltaban aún cuarenta minutos, y á Dios gracias mi endeble constitución no resistirá tanto. Conozco que mi alma va á verse pronto libre.

—En nombre de otra vida que esperas—profirió Samuel

con acento deprecatorio,—salgamos. Déjame que vaya á matar á Lotario, y te juro que después me mataré.

Julio miraba, sin ver, á Samuel con ojos desencajados, y de vez en cuando le desfiguraban el rostro algunas contracciones convulsivas.

—Ven, te salvaré—dijo Samuel.

Pero en el instante en que éste acababa de pronunciar tales palabras, Julio dejó caer pesadamente la cabeza, que chocó violentamente contra las tablas de la mesa.

Samuel se abalanzó al conde de Eberbach para detenerlo; pero la sacudida había hecho perder el equilibrio al cuerpo de éste, que de rebote fué á parar en medio de la sala, ya envarado.

—¡Naturaleza de mujer!—exclamó Samuel con desesperación.—¡No ha podido vivir diez minutos más! ¡Necio! Ahora es ya demasiado tarde.

Gelb hincó una rodilla en el suelo y levantó la cabeza de Julio; el cual, haciendo un esfuerzo supremo, murmuró con gran dificultad y deteniéndose en cada frase:

—Escucha: no estés celoso... Basta con el castigo que recibes... No podías casar con Federica... Es tu hija.

—¡Mi hija!—exclamó Samuel trastornado.

—Sí, y Cristiana es su madre... Adiós... Te perdono.

Julio enmudeció. Acababa de dar el último aliento.

Samuel soltó la cabeza del conde, se levantó, y anudando sus paseos por la sala y absorto en lo que oyera de labios del difunto, sin reflexión fija y completamente señoreado por tan inesperada revelación, dijo entre sí:

—¡Federica hija mía! ¡Federica mi hija! ¡Ah! ¡me engañé respecto de la naturaleza de mi amor! ¡Hija mía! ¡hija mía!

Y consultando su reloj, murmuró:

—Todavía me quedan diez minutos.

Y luego, continuando su soliloquio, aquel hombre egoísta añadió:

—De esta suerte he tenido á mi lado y por espacio de diez y siete años á un ser nacido de mí, más yo que yo mismo, en quien podía haber vivido y al calor de cuyas caricias haberme renovado. ¿Quién sabe el cambio que tal vez hubiera experimentado mi corazón y mi espíritu, de conocer yo semejante secreto? ¿Quién pudiera decir cuánto podía haber suavizado mi hija mi carácter y cuántos con-

suelos prodigado á mis amarguras? ¡Qué fuerza hubiera añadido á mi energía el saber que trabajaba para otro, y cuánto habría ganado mí egoísmo al convertirse en abnegación! ¡Y este refuerzo, esta ayuda constante, este acrecentamiento de ardor, mi hija, lo he tenido á mi lado y no lo he sabido! ¡Ah! no es mi castigo menor el saber que tengo una hija en el momento de separarme de ella para siempre. Sin embargo, no puedo menos de agradecer al singular acaso que al poner bajo mi techo á mi hija y al inspirarme el amor que hacia ella me inspiró, se ha opuesto á que yo me convirtiese en su marido, interponiendo entre ella y yo primeramente á Julio y después á Lotario.

Luego y en hora para él tan solemne, aquel Satanás añadió:

—¡Ah! ¿si será realmente cierto que en alguna parte existen un poder y una justicia superiores á los nuestros? ¿Será verdad que Dios dispone?

Al llegar aquí de sus meditaciones, Gelb se tambaleó, se detuvo, fijó la mirada y cayó de espaldas, yendo á descansar su cabeza sobre los pies de Julio.

Estaba muerto.

Entonces fué cuando se abrió la puerta y Cristiana y Federica entraron en el fúnebre recinto, conducidas por el joven.

—¡Es demasiado tarde!—dijo Cristiana al ver los dos cadáveres.—De rodillas, hija mía, y supliquemos á Dios por sus almas.

XXXII

Dos bodas

Seis semanas después de la lúgubre escena que acabamos de describir, dos mujeres estaban arrodilladas al pie de una sepultura del cementerio de Landeck.

Cristiana y Federica no habían abandonado el castillo de Eberbach desde la muerte de Julio, para no separarse del ser



Fijó la mirada y cayó de espaldas...

querido y abnegado que hiciera el sacrificio de su vida en pro de la felicidad de su hija.

Todos los días, á la caída de la tarde, las dos mujeres salían del castillo y se encaminaban al campo santo, donde al través de la tierra hablaban con aquel que se había ido y al cual les parecía ver presente por espacio de algunos minutos. Le veían, sí, y le hablaban, y él también hablaba con ellas y las veía.

De rodillas para estar más cerca de él, Cristiana y Federica le reprochaban que las hubiese abandonado. Tristes y tiernas efusiones del dolor, la gratitud y el amor con que madre é hija desahogaban su corazón.

El muerto se estremecía en su tumba.

¡Oh! el ser humano no muere verdaderamente sino cuando es olvidado, y Julio no había vivido, durante todo el curso de su existencia, más que ahora vivía en el recuerdo y en el llanto de aquellas mujeres.

Las primeras visitas de Cristiana y Federica á la tumba de Julio fueron tristes y penosas; y es que al principio la muerte de aquellos á quienes amamos nos produce el efecto del arrancamiento; todas las fibras del alma se nos desgarran y sangran.

Pero la Providencia, que quiere que la humanidad tenga puestos los ojos en lo porvenir y no se absorba en lo pasado, cicatriza siempre las heridas más profundas. La desesperación se apacigua, y como, en definitiva, tenemos la certidumbre de encontrarnos en la tumba con aquellos á quienes hemos enterrado en ella, nos revestimos de paciencia y tomamos la sepultura como el lugar donde no tardaremos en reunirnos todos.

Demás, para el dolor no existe lenitivo como un cementerio, sobre todo un cementerio del campo. Los de las ciudades, sobre no estar abiertos sino durante el día, sirven de paseo á mil curiosos, que en ellos matan el tiempo charlando á más y mejor, sin contar que una nube de marmolistas y albañiles asedian al visitante ofreciéndole sus servicios y ofendiéndolo la santidad de la muerte con el escándalo de la especulación. Silencio, respeto y devoción son allí desconocidos.

En las aldeas los muertos duermen tranquilos; ningún ocioso va á importunarles. La soledad les concede el reposo, tan merecido después de la vida.

No hay verjas ni guardianes que á hora alguna inte-

rumpan la oración á nadie. El cementerio nunca está cerrado. En él podemos ir á llorar por la noche, que es la única hora que convida á visitar las tumbas, la única hora en que los muertos se mueven en sus helados lechos y responden á nuestra voz, en que oímos la suya en el débil susurro de las hojas. Sólo de noche hay tumbas.

Aquella noche la luna inundaba con sus plateados rayos el azulado firmamento; la iglesia de Landeck brillaba como una mole de nieve, los pájaros dormían en sus nidos, y á pesar de correr el mes de septiembre, no soplaban ni una bocanada de aire. Hubiérase dicho que se oía el movimiento de los astros.

Era tal la quietud y sosiego de la naturaleza, que Cristiana y Federica sentían el corazón henchido de ternura.

Imposible que Dios, artífice de tantas maravillas, de aquel cielo apacible, de aquella brisa acariciadora, de aquellas aromosas flores, fuese más malo que su creación y separase para siempre más á aquellos que se habían amado. La calma de aquella noche era una promesa.

Luna, brisa y aromas murmuraban á los oídos de la madre y de la hija:

—Enjugad vuestro llanto, volveréis á verle. Duerme, pero despertará.

Y aquella noche serena y tranquila, decía quedo, muy quedo, á Federica, que no queriendo pensar sino en su padre en aquel sitio, hacía esfuerzos para desviar un pensamiento que sin cesar la asaltaba:

—Piensa en Lotario, puedes hacerlo sin escrúpulo. Para que tú fueses dichosa murió tu padre. Sé feliz y él te lo agradecerá en el cielo.

En el instante en que á Federica le pareció que su alma oía murmurar estas palabras por una voz desconocida, hízole volver involuntariamente el rostro un ruido de hierbas holladas.

Al ver á aquel de quien tanto tiempo hacía estaba separada, á Lotario, que no era otro el que produjera el ruido, la joven se sintió desfallecer y pidió á su padre perdón de experimentar tanto gozo.

Cristiana también había visto á su sobrino, pero le dejó que se arrodillara y orase.

Luego se levantó y dijo:

—Venfos, hijos míos.

Cristiana, Federica y Lotario salieron silenciosos del cementerio; pero una vez en el sendero que conducía al castillo, la primera se detuvo y con acento conmovido pronunció estas palabras:

—Abracémonos los tres y amémonos mucho, porque el que más nos amaba se fué para no volver.

—¡Cuán buena sois, madre mía!—profirió Federica, comprendiendo que Cristiana había dicho lo que había dicho para que ella y Lotario tuviesen el derecho de abrazarse.

¡Casto y puro abrazo con el cual la madre santificaba á los amantes!

Los tres se encaminaron al castillo, donde, después de tan tristes semanas, pasaron una velada agradable.

Lotario, que había recibido en América una carta de su tío, en la que éste le llamaba con toda urgencia, se puso inmediatamente en camino para París, donde halló un billete de Cristiana, por el que vino en conocimiento de la noble y dolorosa abnegación del conde de Eberbach.

Pero Cristiana no quería que su hija quedase bajo el influjo de tan penosas impresiones, máxime cuando no estaba en la edad de los sufrimientos, y cuando, por otra parte, había sufrido ya con exceso.

La pobre reconcentró en sí sus dolores y procuró mostrarse risueña para que su hija lo estuviese.

Cristiana hizo que Lotario contase su viaje, y las borrascas del mar, y el sol de América, y luego que éste hubo satisfecho su deseo, habló de lo porvenir y de las bodas de sus hijos, á los que prometió autorizar para que se uniesen en indisoluble lazo al cumplirse el año de luto.

Lotario y Federica besaron las manos á la buena Cristiana y se durmieron acariciados por tan querida esperanza.

Desde aquel día el horizonte fué despejándose poco á poco para aquellos tres corazones sujetos á tan duras pruebas, y todos, en el castillo, empezaron á vivir y esperar.

Gamba moraba en Eberbach, satisfecho de respirar el aire del campo y de poseer un prado donde de vez en cuando le era permitido despertar la admiración de los criados con alguna cabriola arriesgada.

Gretchen, de regreso de París, á instancias de Cristiana y Federica consintió en alojarse en el castillo para no separarse de ellas en su aficción, y convino en casar con Gamba

el día mismo en que se celebrasen las bodas de Federica y Lotario.

De esta suerte transcurrieron las semanas y los meses, entre el pesar y la esperanza, alejándose de la tumba y acercándose al tálamo conyugal.

Sin embargo, Gamba se sentía de día en día más humillado de no ganar con sus propias manos el pan que comía; de que siendo él, como era, hombre, le alimentasen mujeres. Desde que renunciara á su noble oficio de saltimbanco, no había poseído, ganado por él, un bayoco de Italia, ni un kreutzer de Alemania, ni un sueldo de París.

Por más que se dijera que Cristiana no hacía sino pagarle lo que le debía, y que si ella le daba el pan, él la había dado la vida, á Gamba se le sublevaba su orgullo de acróbata al pensar que no se bastaba á sí mismo, que no trabajaba, que no ejercía industria alguna, y que no era sino un gran holgazán á quien alimentaban como á un niño ó un enfermo.

¡Enfermo él, el hombre músculos! ¡él, que por tan prodigiosa manera usaba de sus brazos y sus piernas!

Gamba buscó, pues, qué negocio podría emprender, á qué oficio dedicarse. Después de la honrosa profesión de saltimbanco, á la que Cristiana y Gretchen no le hubieran consentido que se dedicase, no existía otra que la de pastor de cabras. Éstas también son acróbatas, y ya que él no podía hacer habilidades, las vería ejecutar á ellas, y se extasiaría contemplando cómo se suspendían al borde del abismo, cómo saltaban por encima de los precipicios, y de un brinco pasaban de un lado á otro de una torrentera. Sí, las cabras le recordarían su pasado, y estándole vedado ser actor, se convertiría en espectador.

El gitano, que debido á la liberalidad de Cristiana poseía algún dinero, á lo mejor salió del castillo antes de romper el alba, para poner en ejecución un plan que concibiera, y no regresó hasta el anochecer, conduciendo consigo todas las cabras que halló en los alrededores del castillo y que constituían una verdadera legión. Desde entonces y reunidas éstas á las que ya poseía Gretchen, Gamba sintió satisfecho su orgullo, pues su existencia tenía razón de ser. La utilización de su rebaño le produjo más que no necesitaba para vivir y por consiguiente pudo vanagloriarse de no ser una carga para nadie.

Desde entonces Gamba se sintió satisfecho, gozó de la existencia. Cuando pensaba en lo pasado, en los saltos mortales que diera en las plazas públicas, en la elasticidad de sus articulaciones, en la agilidad, vivacidad y gracia de sus ejercicios acrobáticos, se refugiaba en sus cabras; cuando meditaba sobre lo porvenir, en la dicha de no envejecer en la soledad, en la necesidad de tener cerca de sí á alguien que se interesara por él y le amase y le sonriese, tenía á Gretchen.

Nada, pues, faltaba á sus deseos, Gretchen le alegraba el corazón y sus cabras eran el regocijo de sus jarretes.

Todo llega, aun lo que anhelamos, ha dicho un poeta.

El 26 de agosto de 1831 amaneció alegre para el castillo de Eberbach. Aunque no era domingo, todos los habitantes de éste y de la aldea de Landeck vestían su traje dominguero, y el templo se llenaba de flores.

La aldea de Landeck en peso estaba convidada á una gran comida y á un gran baile que debían celebrarse en el patio del castillo, con motivo de la doble boda de Federica con Lotario y de Gamba con Gretchen.

Todos daban la última mano á su tocado para encaminarse al templo.

Gamba, engalanado desde hacía largo rato, iba y venía de la escalinata á la verja y de la verja á la escalinata, manifestamente preocupado, y de tiempo en tiempo salía para tender una mirada investigadora por la carretera.

Era evidente que el gitano estaba aguardando algo ó á alguien.

Por fin pareció Federica y fué menester ponerse en camino.

Gamba podía estar satisfecho, y realmente lo estaba al ver realizado un deseo acariciado por él tan amorosamente; pero le faltaba algo, su dicha no era completa.

El cortejo atravesó el enrejado.

—¡Aguardaos!—gritó Gamba, á quien de repente se le iluminó el rostro;—ya están aquí.

Los circunstantes pudieron entonces oír en lontananza un ruido vago, que fué acercándose con rapidez, y á poco percibieron claramente una música singular compuesta de pífanos, panderetas y castañuelas, acompañada de gritos guturales y exclamaciones agudas.

—¡Aquí!—gritó Gamba abalanzándose á los caballos de

una carreta que casi al instante dobló uno de los recodos del camino.

La carreta se detuvo inmediatamente y de ella bajaron cinco ó seis gitanos y otras tantas gitanas cargados de colerines y lentejuelas.

—¡Ahora adelante!—dijo Gamba;—ya estamos todos.

La comitiva anudó la marcha al retumbante son de los pífanos y panderetas, y para al mismo tiempo que los ojos recrear los oídos, mientras la mitad de los gitanos aporreaba las panderetas y zangarreaba las vihuelas, la otra mitad danzaba, saltaba, brincaba, formaba la rueda, giraba y corría haciendo pies de las manos.

Gamba no cabía en sí de gozo. Aquellos nobles ejercicios, que para él habían sido objeto constante de estudio en su infancia y en su juventud, le transportaban, le cautivaban, le sacaban de tino, y embriagado de entusiasmo, reía, aplaudía, alentaba con la voz á sus amigos, sentía prurito en las piernas y hacía esfuerzos colosales para refrenarse, temeroso de ceder á sus vehementes deseos de andar cabeza abajo. A no ser la presencia de Cristiana y de Gretchen, hubiera revolcado por el polvo su hermoso traje de boda y su gravedad de novio.

La lucha que sostenía Gamba era formidable. Pero ¿por qué era tan largo el camino? ¿Por qué eran tan tentadoras las admirables habilidades de sus amigos? A cada paso que avanzaba la comitiva y á cada salto que daban los gitanos, el deseo del novio de Gretchen iba siendo mayor y más irresistible.

Un incidente vino á conspirar contra Gamba y á acabar con su vacilante seriedad. Entre los gitanos había uno, casi un niño, que empezaba el oficio y era más temerario que diestro. Esto bastaba para satisfacer al vulgo, pero no á un artista como Gamba, que encogía los hombros y dirigía miradas de regaño al gitanillo, á quien decía en voz baja é irritada y si unía no unía al precepto el ejemplo:

—Lo haces muy mal. Aprieta los jarretes, desdichado; enarca más los lomos.

El gitanillo oía las críticas de Gamba, y, como suele acontecer á todo el que críticas escucha, se turbó, vaciló y se le fué la cabeza; tanto, que al llegar á pocos pasos del templo, á ambos lados de cuya puerta formaban un seto humano los habitantes de Landeck para ver entrar á la comitiva, el pequeñín, deslumbrado ante tanta gente y aturdido por los

reproches de Gamba, quiso hacer lo más sencillo de este mundo, esto es, dar una voltereta; pero poniendo las manos en falso, se inclinó á un lado y quedó tendido en el suelo cuan largo era, en medio de una carcajada universal.

Gamba, no pudiendo resistir más y olvidándolo todo para no pensar sino en su arte, humillado públicamente, se precipitó de cabeza al suelo, ejecutó con rapidez y limpieza pasmosa el ejercicio que el gitanillo intentara con tan poca fortuna y fué á caer en pie en el umbral del templo.

Así fué como Gamba inauguró la austera ceremonia de su casamiento.

Réstanos únicamente decir cómo la concluyó el gitano y de qué manera entró por la noche en el cuarto de su mujer.

El día lo pasaron todos entregados á la alegría y al bullicio, y en levantándose de la comida de bodas, empezaron las danzas, de las que, como era natural, los gitanos fueron el principal ornato.

Digamos también que el gitanillo se desquitó con creces de su desdichada caída, á la que Gamba confesó haber contribuído con sus críticas intempestivas.

—Declaro—dijo el marido de Gretchen—que sólo los elogios alimentan á los artistas.

Para fin de fiesta, el gitano dió personalmente una representación extraordinaria, en la que lució todas las habilidades con que en otro tiempo maravillara á los gondoleros de Venecia y á los *lazzaroni* de Nápoles. Nuestro antiguo amigo el burgomaestre Pfaffendorf, que á pesar de contar diez y ocho años más no estaba por esto menos fresco, y había aprovechado su semejanza con un tonel para hacerse llenar de vino, declaró que los ejercicios acrobáticos de Gamba nada tenían de difiles y que con todos sus años á cuestras él se empeñaba en hacer otro tanto.

Y dicho y hecho, se encaramó al respaldo de una silla y dió con su cuerpo sobre la blanda hierba.

A eso de las diez de la noche, Cristiana, Federica y Lotario se retiraron.

Gretchen permaneció entre los convidados hasta media noche, á cuya hora las mujeres la condujeron á su aposento.

Cuando éstas bajaron de nuevo, los hombres estaban ausentes y las luces apagadas. En el jardín no reinaban sino la soledad y las tinieblas.

Al cabo de media hora, Gretchen, al ver que nadie acudía

y no oyendo ruido alguno, llena de inquietud abrió el balcón, y con admiración vió una maroma que atada á la barandilla de hierro iba á parar, por lo que ella pudo colegir en medio de la obscuridad, á un árbol situado á unos cincuenta pasos.

En el instante en que la novia iba á preguntarse qué hacía en tal sitio aquella cuerda, en el jardín encendieron multitud de antorchas que despidieron una luz que competía con la del sol, y Gretchen vió de pronto á Gamba, que apoyando la diestra en la rama de un árbol, ponía los pies en la maroma.

Gretchen, despavorida, quiso gritar, pero temiendo que su voz sorprendiese á Gamba y le hiciese perder el equilibrio, se calló, pálida de terror.

El gitano soltó la rama, y empezó á andar por la maroma, risueño, tranquilo y con tanta soltura como si se hubiese paseado por la arena de la alameda, y un minuto después penetró de un salto en el aposento de su esposa, acompañado de los frenéticos aplausos de los espectadores.

—Bien, bien—dijo Gamba saliendo adonde antes su mujer, —hijos de Bohemia, y de Landeck, hasta mañana.

Y metiéndose adentro cerró el balcón.

Interin, Cristiana estaba arrodillada en su dormitorio, y decía entre sí:

—La misericordia divina es infinita. A lo menos mi hija será dichosa. Julio mío, te reprocho tu proceder; pero ¡ay! yo en tu lugar hubiera hecho otro tanto.

FIN

ÍNDICE

	PÁGS.
I.—Pasión vacante.	5
II.—La esposa prometida.	18
III.—Primera explosión.	26
IV.—Destilación de veneno.	32
V.—Rayo.	36
VI.—Banquete político.	44
VII.—La afrenta.	56
VIII.—León asechando su presa.	66
IX.—Explicación.	78
X.—En camino.	85
XI.—Recibimiento en el castillo.	90
XII.—Terror contagioso.	99
XIII.—La aparición.	105
XIV.—Estudios sobre el remordimiento.	114
XV.—Qué pasó en San Dionisio el día del duelo.	123
XVI.—Donde Olimpia se da á conocer á Julio.	135
XVII.—La reparación.	143
XVIII.—Preparativos de la venganza de Julio.	151
XIX.—Donde se ve que á Gamba no le asustan los espectros.	159
XX.—Relato de Gamba.	162
XXI.—Madre é hija.	175
XXII.—Donde se demuestra que los tulipanes son, en ocasiones, más mortíferos que los tigres.	184
XXIII.—Donde Olimpia canta y Cristiana calla.	199
XXIV.—Donde se ve que las revoluciones no siempre aprovechan á quien las trama.	209
XXV.—Cambio de frente.	223
XXVI.—Despedida sin besos.	228
XXVII.—Voz del corazón.	234
XXVIII.—El brindis.	245
XXIX.—El muerto se lleva al vivo.	253
XXX.—Abel y Caín.	260
XXXI.—Dos muertos.	267
XXXII.—Dos bodas.	270



